

El mago y el loco

Barth Anderson

Traducción de Juan José Llanos Collado



Título original: *The Magician and the Fool*  
Primera edición

© Barth Anderson, 2004

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-543-1 Depósito Legal: B-617-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.  
Energía, 11-27  
08850 Gavà (Barcelona)  
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

**informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

## Agradecimientos

El estudioso del tarot Ron Decker fue el primero en señalar la conexión entre el Arcano I (el Mago) y el dios egipcio Jnum.

Gracias a Mark Teppo por permitirme acceder brevemente al mundo creado en «The Oneiro-mantic Mosaic of Harry Potemkin» (disponible online en [www.farragowainscot.com](http://www.farragowainscot.com)).

Gracias a los escritores de Clarion 98, a los Ratbastards y a los Karma Weasels por haber revisado esta historia durante años.

Los gallos nicaragüenses no necesitan la excusa del amanecer para ponerse a cacarear. Si lo sobresalta un merodeador, o quizá un juego de faros u otro pollo, un solo gallo desencadena, con un sonoro cloqueo, una clamorosa reacción en cadena por toda Managua. Los nicaragüenses no daban muestras de percatarse; para los residentes, el grito de un gallo era como la bocina de un taxi para los neoyorquinos. O lo ignoraban o no dormían nunca. Aquella noche empezaron a las tres de la madrugada. Solo era su segunda noche en Managua y Rosemont aún no había aprendido a ignorarlos. Se zafó del clérigo dormido y se escabulló de la cama.

Después de enfundarse unos pantalones de algodón deambuló hasta la puerta principal, que conducía al patio de la Casa Evangelista.\* Envuelto en la oscuridad amniótica, mientras la tórrida brisa nocturna mecía un árbol de hojas anchas sobre su cabeza, tomó asiento junto a las librerías del atrio descubierto, desde donde se veía la calle a través de la puerta de seguridad del frente. A Rosemont le gustaba aquel albergue. Había peregrinado hacia el sur desde Méjico y ese

---

\*N. del t.: Las palabras seguidas de asterisco están en castellano en el original.

era el sitio más sofisticado donde se había alojado desde Costa Rica. Platos de gallo pinto\* (arroz con habichuelas), un huevo duro y un poco de queso. Ventiladores en los dormitorios. Duchas sin agua caliente, aunque nadie la deseaba. Allí confluían viajeros de todo el mundo; algunos formaban parte de grupos religiosos que ofrecían su ayuda, otros iban a ver el volcán del sur de Managua.

Desde el atrio, Rosemont percibía el estrépito de la pareja de australianos que estaban practicando sexo en el cuarto de baño. Aquella misma tarde habían estado discutiendo acaloradamente y produciendo el mismo alboroto. También oía al grupo de estudiantes europeos que bebían y flirteaban en una de sus estancias, procurando inútilmente ser discretos. Después de haber ejercido de traductor para el cocinero del albergue, que se había encaprichado de una de las francesas, Rosemont había dejado la fiesta hacía un par de horas.

La Casa Evangelista, que figuraba en buena parte de las guías de viaje de mochileros, era un oasis después de la travesía que Rosemont había realizado el sábado desde la región de Segovia, en el noroeste de Nicaragua. Había recolectado café en aquella frontera durante semanas a cambio de sustento y hospedaje. Ahora corría el mes de mayo y la cosecha había terminado, de modo que se dirigió hacia el sur en pos de un cargamento de grano destinado al mercado. Saltando a bordo de un espacioso remolque de madera que se empleaba para transportar sacos de cincuenta kilos de café verde, abandonó las granjas soleadas de las altas montañas Isabel. Para su desgracia, poco antes de llegar a las áridas regiones del centro del país, Rosemont perdió el sombrero al incorporarse para pasarle una botella de ron a otro autoestopista. Este se rió, observando cómo daba vueltas por la pista de tierra tras el camión, y le dedicó un saludo.

—¡Vaya con Dios, sombrero! —Rosemont también se rió. Pero cuando el sol alcanzó su cénit al cabo de menos de una hora, se estaba cociendo como los húmedos granos de café que se secaban en los anchurosos patios de cemento que jalonaban la carretera; nada se interponía entre el inclemente sol nicaragüense y él.

Alrededor del mediodía, cuando la carretera montañosa descendió hasta los desiertos de las afueras de Matagalpa, se había disipado el efecto del ron del desayuno y Rosemont comprendió que tenía serios problemas. Apuró la única botella de agua que tenía. Se cambió de lugar para beneficiarse de la escasa sombra que proyectaba la cruceta del remolque. Se cubrió la cabeza con una camiseta que extrajo de su mochila, pero ya estaba al borde de la insolación, deshidratado a causa del ron y el sol, y le temblaba todo el cuerpo debido a una alucinación febril producida por el traqueteo de los camiones de granja, las hojosas ramas de café que brotaban de los rebosantes sacos de arpillera que lo rodeaban y sus acaudalados abuelos, que le reprochaban desde los Estados Unidos que de ese modo nunca obtendría una cátedra. Cuando el camión se detuvo en Matagalpa frente a las oficinas de la cooperativa cafetera Cecocafen, su compañero de viaje se compadeció de él y le compró un par de botellas de agua, que le ofreció con una sonrisa sardónica, diciendo:

—Vaya con Dios, señor Sin Sombrero.\*

Mientras Rosemont estaba sentado en la parte trasera del camión, bebiendo agua y esperando al conductor, se le acercó un chiquillo con la palma de la mano extendida. Desde su lecho de enfermo hecho de sacos de café, Rosemont miró aquella palma y en su delirio le pareció que el chico sostenía una concha rota, ofreciéndosela. Observó la cara del muchacho en busca de una explicación.

—Por favor\* —imploró el niño. Rosemont volvió a mirar y se percató de que la mano solo tenía tres dedos.

*Hay que ver lo que les hacemos a los niños en este mundo.*

Rosemont señaló los dedos del muchacho con un ademán de cabeza.

—¿Qué te ha pasado?

El chico encogió un solo hombro. A continuación balbuceó:

—Los ángeles.

Rosemont no lo entendió, ni estaba seguro de lo que había depositado en aquella mano, pero eran los dos últimos billetes que le quedaban en el bolsillo.

—No te acerques a los ángeles, ¿vale?

El chico aceptó el dinero y, mientras el camión se apartaba del bordillo, desconcertó a Rosemont diciendo:

—Es usted el que debería cuidarse de los ángeles.

La monótona autopista de Managua apartó enseguida la extraña advertencia de la mente de Rosemont, y las botellas de agua contribuyeron a sofocar su estruendosa jaqueca. Cuando llegaron a Managua, bien pasado el crepúsculo, la humedad del Pacífico que le impregnaba la camisa constituía casi un alivio. Con la ayuda de un taxista finés, Rosemont se encaminó desde la bulliciosa estación del mercado cafetero hasta el único albergue cuyo nombre conocía: la Casa Evangelista. Recelaba del nombre religioso (básicamente, «evangelista» \* significaba protestante) pero la Casa ostentaba una excelente reputación entre los viajeros. El propietario del albergue, que se presentó como Aurelio, aunque a todas luces era americano, lo recibió en el atrio revestido de baldosas rojizas.

—Un trotamundos atrapado en el desierto y sin sombrero —aventuró Aurelio. Llevaba abierto el cuello de su camisa de lino azul, exhibiendo el áspero vello blanco de su pecho. Tomó la mochila de Rosemont y la arrastró hasta el mostrador de recepción—. ¿Alemán?

Se lo decían mucho. Rosemont sonrió, sintiéndose desfallecido.

—Aquí abajo no hay muchos, pero soy americano.

Aurelio se rió y volvió a examinarlo.

—Como dijo el Bardo —declaró—, parece que te ha meado encima un caballo. —Aurelio estrechó la mano de Rosemont entre las suyas y acto seguido lo precedió por el patio de la casa, donde cabeceaban tenebrosas ramas de palmera, hasta las estancias de los huéspedes. La puerta del dormitorio que le asignó estaba grabada, con un tosco retrato pintado de Carlos Fonseca<sup>1</sup> con gafas y perilla. Anunció—: Para ti, mi habitación preferida, Fonseca. —Sonrió afectuosamente—. Mañana por la mañana se celebra un servicio dominical con comunión. Estás invitado, pero no hace falta que asistas.

Héctor, el mozo y vigilante del albergue, se presentó al cabo de un instante con las bolsas de Rosemont, que arrastró hasta el interior; puso en marcha el ventilador eléctrico, instaló un dispensador de agua en la cómoda y esbozó una sonrisa triunfal al retirarse.

—No voy a ir —replicó Rosemont, imponiéndose al sonoro vaivén del ventilador, preguntándose de nuevo si habría cometido un error seleccionando aquel albergue—. No me encuentro muy bien y...

—Pues duerme —lo atajó Aurelio con una sonrisa mientras se apartaba de Rosemont.

Una pareja australiana se detuvo a sus espaldas, frente a la habitación de Rosemont. Estaban discutiendo por dinero.

Sus discrepancias lo hastiaban. La grata firmeza de la mano de Aurelio le había recordado a Rosemont cuánto tiempo hacía (semanas) que no tocaba siquiera a otro ser

---

<sup>1</sup> N. del t.: Cofundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que puso fin a la dictadura en Nicaragua.

humano. Deseó que la pareja adoptase una forma de hablar más delicada y que Aurelio no se fuera.

—A lo mejor vengo a verte esta noche—propuso Aurelio—. A ver cómo te encuentras.

*Ya empezamos*, pensó Rosemont. Debería haber respondido que no era necesario, pero no era el mismo de siempre.

—Sí, claro.

Finalmente, Aurelio no fue a ver a Rosemont y los gallos de Managua lo despertaron temprano la primera noche. La jaqueca que sufriera en el desierto de Matagalpa había desaparecido, aunque se había sumido a intervalos en un sopor, bebiendo el agua de su botella y soñando con bayas de café rojas y hinchidas, reconfortado por la corriente del ventilador, que estaba dirigido hacia él.

Al cabo de unas horas las campanas accionadas manualmente que anunciaban el servicio religioso lo despertaron. Rosemont se dijo *Qué demonios*, y se puso la última camisa limpia que le quedaba, una camisa de cuadros azules y marrones con rayas amarillas.

La Casa estaba diseñada en forma de un óvalo de gran tamaño, con el atrio y la puerta delante, y la «iglesia» detrás. En realidad, la iglesia no era más que una veintena de sillas dispuestas ante un altar improvisado. Los huéspedes que se encaminaban desde sus aposentos, situados a la derecha del óvalo, hasta las mesas del comedor y la cocina, que estaban a la izquierda, desfilaban constantemente tras la congregación de nicaragüenses y huéspedes internacionales que habían madrugado para escuchar al viejo sacerdote anglicano.

Buena parte del sermón de Aurelio se le escapó a Rosemont, que estaba arrellanado en una silla plegable y se había reclinado contra la pared. No comprendió los pasajes del libro de Ezequiel ni las crípticas citas de los modernos padres de la

iglesia. Pero cuando Aurelio empezó a hablar de Roma, Rosemont se inclinó hacia delante.

—San Pedro y San Pablo fueron ejecutados —proclamó Aurelio, predicando en inglés para la concurrencia internacional—, cada uno conforme a su clase. Pablo era un ciudadano romano y por consiguiente fue decapitado; una muerte rápida y piadosa. Pero Simón Pedro, que era un judío anónimo, sufrió una muerte anónima, y fue crucificado y torturado hasta la muerte por sedición, conspiración y terrorismo en los confines del imperio, al igual que su anónimo rabino, Jesús.

Después del servicio, Rosemont y Aurelio comieron juntos y recorrieron el siniestro barrio. Aurelio le confesó que la Iglesia Anglicana se disponía a expulsarlo por proselitismo y «otras prácticas».

Rosemont deseaba que le cogiera la mano. *Hazlo. Vamos. Hazlo.*

Estaban frente a frente, pero Aurelio no lo miraba a los ojos. Entonces, como si le estuvieran arrebatando a Rosemont, admitió:

—Me gustaría cogerte la mano. —Alzó sus ojos oscuros hacia Rosemont—. Pero en esta cultura es peligroso cruzar esa línea.

Compraron un par de Coca-Colas y se las bebieron frente a la bodega. Cuando volvían a la casa dando un paseo, Rosemont rodeó los hombros de Aurelio con el brazo. Cuando dejaron atrás la siguiente manzana asió la mano del hombre de más edad.

Aurelio contrajo los músculos cuando Rosemont, que era más joven y más alto, lo abrazó, aunque lo contemplaba con deseo y temor.

—No te preocupes. Estás a salvo. —Rosemont justificó sus actos diciéndose que ahora necesitaba que alguien lo ayudase. Tenía poco dinero, la temporada de café había terminado y

todavía estaba enfermo a causa del calor y el sol. Ya había borrado una línea entre la chica francesa y el cocinero, los había reunido para establecer un confortable lecho de sensaciones agradables y complacientes en la casa. Al parecer, la pareja de australianos desavenidos había pasado el resto de la tarde del sábado haciendo las paces, porque ahora eran todo susurros y risas disimuladas, y Rosemont encontraba aquel sonido reparador; de hecho, mitigó su dolor de cabeza. No se había inmiscuido de aquel modo ni una sola vez desde que al abandonar los Estados Unidos se prometiera no volver a hacerlo nunca. *Pero necesito algo bueno. Un nido. Algo parecido al hogar*, se dijo Rosemont. *Solo hasta que me reponga*. Antes de que nadie se percatara de que estaba ocurriendo algo, se pondría de nuevo en marcha.

—Confía en mí—dijo, mirando a los ojos del sacerdote con una sonrisa—. Yo me encargo de todo.

Esa noche, sentado cerca de la puerta de hierro forjado de la casa, Rosemont reflexionó sobre el sacerdote mientras la brisa oceánica nocturna lo acunaba en su asiento, exultante a causa de la calidez satisfecha, ahíta y saturada de su cuerpo. El triángulo de vello gris en el pecho del anciano. Los hombros fornidos que parecían resquebrajarse en el momento crucial. El intenso sabor salado de Aurelio perduraba en la boca de Rosemont y, como un viento, la homilía traspuso los barrotes de la puerta de la casa en su busca.

*En los confines del imperio.*

Por primera vez desde que se había marchado de América hacía seis meses, Rosemont ponderó la trascendencia de su caída en desgracia. En aquel lugar la pobreza no era como en los Estados Unidos. Nadie tenía dinero excepto los imposiblemente ricos, mientras que los niños con tres dedos mendigaban en las calles. Sin las ataduras de su

cargo de historiador de arte interino, del vecindario respetable y la familia, Rosemont había renunciado de buena gana a la prosperidad y el futuro prometedor para despeñarse, como si estuviera resbalando, desde América hasta las elevadas planicies de México, Chiapas, Guatemala y Honduras, siguiendo la estela de las migraciones de los trabajadores cafeteros y las granjas selváticas ocultas. Ahora había dado con sus huesos en un barrio desamparado y en la cama de un clérigo radical. Rosemont se preguntó qué habría más allá de aquel confín, suponiendo que hubiese algo. Al sopesar el alcance de su desgracia divisó América en el cielo septentrional, un pájaro inmenso y ridículo que desplegaba sus grandes alas impedidas por ordenadores personales, teléfonos, módems, calefactores de luna trasera, reproductores de discos compactos, televisión por cable, coches parlantes y capuchinos descafeinados extra grandes. Piedra arenisca enmascarada por la hiedra. Escaramuzas universitarias. Reputación y estatus; traición y sabotaje. Todo se le antojaba tan arbitrario desde allí; Rosemont no quería saber nada de aquel pájaro. Quería esta carretera. Quería seguir adentrándose en los confines del imperio, y más allá, si lograba encontrar un sitio donde alguien como él pudiera integrarse.

Un estallido de carcajadas de los juerguistas de la habitación francesa llegó a sus oídos. Rosemont cerró los ojos. Escuchar el talante del albergue lo tranquilizaba profundamente.

—¡Eso es! ¡Olvídalo! Voy a cancelar mi viaje. Quiero quedarme aquí para siempre —exclamó alguien en inglés.

—Yo también —lo secundó la muchacha francesa—. No pienso marcharme.

—¡Bien! —vociferó a modo de respuesta el cocinero nicaragüense—. Fundaremos una nueva ciudad aquí mismo, dentro de la Casa. Nuestra ciudad no participará en guerras

como las de Bush. Los habitantes de nuestra nueva ciudad serán *nicas* y *euros*. ¿Dónde está Rosemont? Si pudiera...

Se produjo un estrépito de metal contra metal y un nuevo estallido histérico de risa colectiva.

Rosemont se volvió en el asiento al percibir el martilleo de los pasos de varias personas en la calle tenebrosa que discurría frente a la casa. Apareció un hombre que se apretó contra los barrotes de la puerta y recorrió el atrio con la mirada antes de concentrarse al fin en la claridad de la cocina que se derramaba por el vestíbulo.

—¡Ayúdeme!\* —exclamó—. ¡Ayúdeme!\* ¡Ayúdeme!

Las reglas de la casa decretaban que pasada la medianoche solo se podía abrir la puerta a los huéspedes: el albergue de Aurelio estaba situado en un barrio muy peligroso. El hombre parecía frenético cuando Héctor, el joven vigilante, salió de su oficina, donde estaba escuchando una radio de onda corta. Cuando el hombre miró hacia atrás por donde había venido enmudeció de repente, petrificado de miedo. En ese preciso instante aparecieron dos hombres a la carrera y lo empujaron violentamente contra la puerta mientras se perdían de vista nuevamente por la calle. Casi parecía que estaban jugando a pillar de madrugada y el hombre se había puesto a salvo al tocar aquellos barrotes de hierro.

Héctor observó su retirada y contempló al desconocido, a la espera de que se explicase o se fuera, quizá.

El hombre, que continuaba aferrado a la puerta, lucía una elegante camisa de etiqueta bajo un gabán, una distinción que no se veía con frecuencia en el horno tropical de Managua. La chaqueta y la camisa estaban mugrientas.

—Estoy metido en un lío —le susurró en español a Héctor.

—Lo siento. No me dejan abrir la puerta —respondió Héctor—. Este barrio no es seguro a causa de las pandillas.

—Lo que me preocupa no son las pandillas. Dígame, ¿puede darme un poco de comida?

—No, señor. Tendrá que volver mañana por la mañana.

—Voy a quedarme aquí un momento —repuso el hombre, apoyándose contra los barrotes de hierro forjado.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera —contestó Héctor. Cuando se dio la vuelta reparó en la presencia de Rosemont, sentado en las sombras. Sonrió y se tocó la gorra de béisbol—. No le había visto, señor Rosemont. ¡Buenas noches!

Rosemont esbozó una sonrisa soñolienta, sin saber si estaba infringiendo las reglas de la casa al sentarse en el atrio tan tarde. Hizo ademán de incorporarse, alegando:

—Lo siento. Es que necesitaba salir de la cama un momento. Este calor...

Héctor meneó la cabeza de un lado a otro con energía.

—Quédese todo el tiempo que quiera. —Volvió a sonreír y escudriñó por última vez al hombre de la puerta antes de dirigirse nuevamente a la oficina y su estruendosa radio de onda corta.

El desconocido observó la desaparición de Héctor desde la puerta, mientras llegaba a sus oídos el sonido del orgasmo operático de los australianos procedente del vestíbulo y los cuartos de baño. Se sentó a la escucha un instante, como si fuera música, y después sus ojos se desviaron hacia Rosemont, sentado en las sombras.

—Tengo un mensaje para usted.

Rosemont se reclinó levemente en su asiento, sorprendido por sus palabras y porque hablara inglés.

—¿Qué ha dicho?

—¿Le ha llamado «Rosemont»? —añadió el hombre—. ¿Es usted Jeremiah Rosemont?

Aunque estaba completamente inmóvil, su cuerpo se puso a sudar. Rosemont se carcajeó con una breve sílaba de incredulidad.

—Sí, soy yo.

El hombre introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre comercial prístino y blanco, un acusado contraste con el estado de su atuendo. Se lo ofreció entre los barrotes de la puerta.

—Aquí tiene.

Nadie de su antigua vida a la sombra del ridículo pájaro sabía que se encontraba en Nicaragua, ni mucho menos en aquella ciudad, ni alojado en aquel albergue. Rosemont estaba lo bastante cerca como para ver el sobre en la intensa claridad procedente de la habitación de Héctor. La carta estaba dirigida a: «Jeremiah Rosemont, Casa Evangelista, habitación Fonseca, Managua, Nicaragua».

—Es imposible —farfulló Rosemont, aferrando los brazos de la silla para no ponerse a temblar—. Ni yo mismo sabía que iba a venir hasta el sábado por la noche. ¿Quién lo ha enviado?

—No sea infantil. —El desconocido le tendió el sobre con una sacudida impaciente de la muñeca—. Me he asegurado de que lo recibiera limpio, tal como prescriben las reglas. Ahora cójalo.

—¿De qué cojones está hablando? —espetó Rosemont, poniéndose en pie temblorosamente, con la brusquedad de una marioneta. Se adelantó un paso y aceptó el sobre—. ¿Quién lo ha enviado? ¿Quién es usted?

El hombre se desprendió de la puerta y retrocedió.

—Yo he cumplido mi parte —respondió—. No sé nada más. Rosemont extendió de nuevo el sobre a través de la puerta.

—Dígame de qué se trata. Por favor.

—Lea el mensaje —contestó el hombre, mientras se apartaba del sobre y de Rosemont—. Supongo que sus preguntas encontrarán... —Observó la calle atemorizado—. ¡Joder! —Acto seguido se volvió y salió corriendo por donde había venido, sin mirar de nuevo a Rosemont.

Al cabo de un instante apareció al otro lado de la calle un caballo blanco con motas marrones que galopando persiguió al desconocido. Había dos figuras superpuestas inclinadas sobre su lomo y la segunda empuñaba algo parecido a una lanza. Rosemont se abalanzó hacia la puerta, pero solo consiguió atisbar al mensajero, que miraba frenéticamente por encima del hombro, y la cola ondeante del caballo iluminada por una farola antes de que ambos se perdieran de vista.

Rosemont, alterado, se retiró de la puerta. Se acordó de que no debía estrujar el sobre entre sus manos sudorosas. Cuando se encontró con fuerzas para caminar sin que se le doblaran las rodillas, giró en redondo y recorrió el vestíbulo hasta llegar a su habitación, sosteniendo la carta horizontalmente como si se tratara de una bandeja de nitroglicerina.

—¡Rosie! —exclamó en inglés una de las chicas francesas cuando pasó ante su habitación, haciendo que diera un respingo—. ¿Te tomas la última copa?

—La última copa —repitió en inglés el ayudante del cocinero, aunque no hablaba ese idioma. Tenía los ojos vidriosos—. ¡La última copa!

Rosemont observó el corrillo de bebedores (franceses, nicaragüenses, un muchacho alemán y una sueca de mediana edad) y aunque antes se había sentado entre ellos, ahora la puerta de la estancia se le antojaba un portal que conducía a una dimensión paralela. No podía imaginarse acceder a ella.

—No, gracias —musitó, se dirigió a su habitación y cerró la puerta.

Después de encender la lámpara de la mesita de noche, Rosemont tomó asiento en la cama y abrió el sobre, esperando a medias una explosión. Sin embargo, dentro había un billete de avión para un vuelo desde Managua hasta Roma y una nota que decía simplemente: «Venga, Rosemont, necesitamos su opinión».

Rosemont soltó la carta, el billete y el sobre, que resbalaron hasta el suelo, y se tendió de espaldas en la pétrea cama, con la mano sobre la frente. Permaneció de ese modo toda la noche, incapaz de cerrar los ojos o de dormir, escuchando los gritos de los gallos de Nicaragua.

En busca de un traje elegante, el Rey Niño se inclinó sobre el volante como si la avenida Lyndale lo estuviese atrayendo hacia delante. Entre la Treinta y Dos y Treinta y Cuatro había un callejón que discurría paralelamente a ambas calles. En el flanco oriental de este se levantaba un selecto edificio de apartamentos donde residían sobre todo jóvenes que trabajaban en el centro, y en el flanco occidental había un asilo judío. Los contenedores de aquel lugar eran cornucopias y había transcurrido una semana entera desde su última recolección.

Cuando enfilaba el callejón con su furgoneta, el parachoques arañó la acera elevada. El Rey Niño debía despachar parte de su chatarra; la estaba sobrecargando. Pisó el acelerador con la punta del pie, la furgoneta se encaminó bamboleándose hacia los contenedores y el Rey Niño experimentó una explosión de alegría casi adolescente cuando comprobó que estos rebosaban de bolsas y cajas.

Una original recolección urbana.

—Aquí está mi traje —afirmó el Rey Niño.

Existían numerosas modalidades de recolección urbana y el Rey Niño las empleaba todas en momentos diferentes conforme a sus necesidades y deseos. La batida zen: explorar y recolectar. La estrategia definida: abastecerse de equipo,

seleccionar los objetivos, escarbar, ocuparse de las autoridades y escapar con el botín. El método frigano: pensar globalmente y comer muy localmente; las tiendas de comestibles siempre tiraban productos en perfecto estado. La restauración y la reventa habían hecho de la recolección urbana una empresa lucrativa: el Rey Niño atesoraba en la parte trasera de su furgoneta una máquina de coser tradicional de 1923 que alguien había tirado creyendo que era inservible, aunque el hilo solo estaba enredado en el carrete. Imaginaba que valía cientos de dólares, basándose en sus muchos años reparando antigüedades desechadas como aquella.

Y luego estaba el Estilo del Rey Niño, que hasta él empleaba solo en ocasiones excepcionales. Funcionaba de la siguiente forma: uno visualizaba lo que necesitaba y luego iba y lo encontraba. Daba miedo abrir aquella puerta, puesto que a menudo había otros acontecimientos, personajes y conflictos no deseados capaces de franquear la abertura de la tapa de un contenedor abierto. El resultado del Estilo del Rey Niño dependía de la urgencia, de la necesidad y de una fantasía viva que la imaginase satisfecha.

La necesidad de hoy era extraordinaria. El Rey Niño había conseguido un empleo, pero llevaba unos caquis deslucidos desde hacía casi dos años. Necesitaba imperiosamente un traje nuevo.

Había una pila ordenada de ocho cajas junto a la hilera de papeleras, que más parecían mercancías a punto de cargarse en un camión en marcha que basura desechada, pero el Rey Niño aparcó sin vacilar la furgoneta para investigar.

Abrió la primera caja manipulándola con la mano izquierda. Libros. Odiaba los libros. Pesaban mucho, ocupaban espacio, hedían a mohó y raramente le reportaban más de veinticinco centavos cada uno. Dobló cuidadosamente la caja y la depositó a un lado.

La siguiente caja era más prometedora: cedés. El Rey Niño había tenido suerte al anticiparse a Lulú y la Unidad del Crack. Raramente pillaban otra cosa que cedés. Además, había algunos buenos, sobre todo *grunge* de los primeros años noventa, así como otros títulos alternativos. Nirvana, desde luego. Soundgarden. REM. Lemonheads. Blue Mountain. Jayhwaks. En Cheapo le darían un dólar por cada disco de aquella música para blancos, calculó el Rey Niño, mientras cargaba la caja en su furgoneta. Música de gandules. Parecía que alguien (¿su compañero de piso, su casero?) se había hartado de algún zángano entrado en años y había arrojado al callejón sus libros y sus cedés. Una ruptura, decidió el Rey Niño. Una infidelidad. Con una amiga íntima. La hermana de ella. *Ups*. El Rey Niño se rió mientras deslizaba la caja de cedés bajo la mesa esquinera que había encontrado una hora antes. Sí, la hermana, eso era, aunque no se había propuesto imaginárselo todo con tanta claridad. La mujer había tirado aquellas cosas en un acceso de rabia provocado por la traición de su hermana más que por la del patético holgazán al que estaba dispuesta a abandonar. El Rey Niño se detuvo frente al compartimento de la furgoneta y la abigarrada colección de artículos que había en su interior (muebles, la máquina de coser antigua, una bicicleta con rueditas) con las manos a ambos lados de la caja de cedés, imaginando aquella ruptura, petrificado. Aquel fulano ignoraba que sus pertenencias estaban tiradas ahí fuera. Saldría a buscar sus cosas. Maldita sea. Iba a echar de menos especialmente a los Lemonheads, que le recordaban a la época más apasionada y embriagadora de su romance, cuando iban a Duluth para salir con la hermana de ella. El Rey Niño introdujo la caja en la furgoneta cuanto pudo, dejando espacio para otras. El gandul era un sentimental que se obsesionaba con las relaciones pasadas así como los alcohólicos se aferran

a una cerveza tibia. Le haría un favor llevándose aquellos recuerdos. No se trataba de una racionalización. Percibía el rumor de ese futuro como si fuera una canción atravesando las paredes de un apartamento. Si volvía a casa y descubría esos cedés en el callejón, supuso el Rey Niño, se sumiría en una depresión inducida por la música, saboreando dolorosamente durante muchos años el daño que le había infligido a aquella chica. Esa era la música de un futuro. Desde el otro, el Rey Niño lo oía descender las escaleras a la carrera con sus zapatillas Nike Air para recuperar los objetos que la mujer había tirado en un arranque de cólera. Pero las cajas habían desaparecido. El tipo estaba furioso, por supuesto. Abandonaba violentamente aquella relación, dando un portazo, indignado. La chica, satisfecha por su venganza, lograba sobreponerse, y también él, pues la rabia había cauterizado las heridas de ambos.

Un final feliz. Todo gracias al Rey Niño.

La tercera caja ostentaba la palabra: «Estudio», pero contenía ejemplares antiguos de Playboy, y la cuarta, un amasijo de chatarra: un móvil con gaviotas plateadas enredadas, figuras de acción rotas de *La guerra de las galaxias*, bolígrafos Bic con las puntas reventadas, y velas resquebrajadas y medio consumidas.

El Rey Niño volvió a apilar ordenadamente las cajas (deja siempre la basura mejor de lo que la encuentraste), llevó a cabo una rápida inspección de los cubos de basura del apartamento y se volvió a mirar la hilera de contenedores del asilo al otro lado del callejón.

Recolectar en ellos le inspiraba sentimientos encontrados. Por un lado, nunca dejaban de procurarle una abundante cosecha. Eso se debía a que (por otro lado) eran el lugar de descanso postrero de los artículos que abandonaban los residentes que fallecían en el asilo. La mayoría de los objetos

que hallaba en el fondo eran lujosos bastones, teléfonos para ciegos, audífonos y gafas de gruesas lentes. A menudo estaban en excelente estado y se podían revender a cambio de grandes sumas de dinero, en comparación con los beneficios que le reportaban otros objetos recolectados.

Pero los efectos personales eran aún más lucrativos e inquietantes. Una caja de música que interpretaba tres canciones distintas de Cole Porter. Un espejo art decó. Fotografías antiguas en blanco y negro de abuelos o parientes europeos con espléndidos marcos. Una menorá chapada en oro. Diarios, cartas e incluso joyas. Al no haber familia alguna en la siguiente generación para echarles el guante, aquellos artículos acababan en el contenedor; ni siquiera los empaquetaban como los libros del zángano. El Rey Niño siempre se preguntaba por qué los trabajadores del asilo no se apropiaban de ellos. Quizá les pareciera excesivo desvalijar a los hombres y las mujeres a los que habían ofrecido tanta atención y compañía. O quizá solo se llevasen los mejores tesoros, y solo de los clientes a los que no conocían bien, dejando que los recolectores como el Rey Niño reclamasen el resto.

Levantó la tapa del primer contenedor y no encontró sino sobras de la cafetería. Los tres contenedores siguientes contenían archivos antiguos. Cogió un trozo de papel. Un formulario de admisión de 1974. Al parecer, por fin alguien había almacenado en un disco duro los archivos antiguos.

Era el último contenedor. Allí se veía satisfecha la necesidad del Rey Niño. Presentía que el traje lo esperaba como si fuera el colofón de una broma pesada, y de pronto no supo si deseaba que le estamparan una tarta en la cara. El universo podía ser un bufón cruel cuando uno adoptaba el Estilo del Rey Niño. Se acercó al contenedor, levantó la tapa y estuvo a punto de dar un respingo al ver el traje extendido dentro de su envoltura de plástico, solo para él.

No era un traje viejo cualquiera. Se trataba de una magnífica chaqueta cruzada de seda negra con una raya ostentosa y pantalón a juego. La cincuenta y dos, advirtió el Rey Niño, inspeccionando la etiqueta de la chaqueta a través del plástico. Perfecto. Noventa de cintura de pantalón. Hasta los zapatos, embolsados en una bolsa de la compra, eran de la talla exacta, la cuarenta y cinco. Era demasiado perfecto.

Sin saber si debía aceptar una cosecha tan magnífica, el Rey Niño apoyó la mano izquierda en el envoltorio y comprendió que se trataba del traje que los enfermeros habían descartado para el entierro. El traje que habían seleccionado era menos ostentoso. El difunto era discreto y cortés. No esperaban encontrar un traje con semejante aire de gángster en el armario del viejo. Por el contrario, habían escogido un austero traje gris marengo y una sencilla camisa blanca. Recordaban que se había vestido de ese modo para el Sabbath de los viernes durante los últimos tres años.

Sin embargo, habría sido un crimen sepultar aquel hermoso traje en un vertedero, y aún peor rehusarlo después de haberlo solicitado específicamente, de modo que el Rey Niño lo extrajo del contenedor. Bajó la cremallera de la envoltura y, sosteniendo la percha, inspeccionó los bolsillos del traje con la mano derecha enguantada, pues no deseaba apropiarse de otros efectos personales del finado que los imprescindibles. Descubrió los resguardos de dos entradas de teatro colocados pulcramente en el bolsillo del pecho a modo de pañuelo: teatro restaurante Chanhassen, *Ellos y ellas*, 1988. El Rey Niño sonrió. El fulano se había vestido en consonancia con el espectáculo. No obstante, cuando examinó el bolsillo trasero de los pantalones, su sonrisa se desvaneció. Se quedó boquiabierto y la percha estuvo a punto de resbalar de sus dedos.

Había un símbolo dibujado con lapicero en un pliego de papel de carta. El trazo era experto, como si fuera una letra de un alfabeto peculiar o un caracter de un código infantil.

Igual que el Rey Niño lo había visto por primera vez hacía doce años.

Asustado, observó el traje. ¿Quién habría sido aquel hombre? ¿Cómo un anciano judío de Minesota iba a saber dibujar algo tan abyecto? Y si no lo había dibujado él, ¿dónde demonios había estado con aquel traje para meterse a la ligera ese antiguo símbolo en el bolsillo trasero, con menos ceremonias que un par de resguardos de entradas?

Dispuesto a irrumpir en el asilo para ponerse a interrogar al personal, el Rey Niño dio tres pasos en aquella dirección y se detuvo. No. La explicación no era tan literal y probablemente guardaba poca relación con aquel hombre o con su traje.

La culpa era suya, comprendió. Había pedido aquel traje, y, como bien sabía, cuando pedía que se abriera una puerta, aunque fuera la tapa de un contenedor, cosas terroríficas entraban a consecuencia de ello.

Pero esto... Si lo hubiera sabido. ¿Permitir que aquella bola de demolición entrase de nuevo en su vida? Meneó la cabeza. No necesitaba tanto ni el empleo ni el traje, pero era demasiado tarde. Allí estaba.

Se escuchó una vibrante música disco procedente de un coche, el cremoso sol de abril apareció desde detrás de una nube y el Rey Niño metió el traje en la parte trasera de su Econoline.

El taxista se detuvo junto al bordillo y vociferó algo en italiano. Rosemont supuso que quería decir: «Es aquí» o «Bájese». Resultó que, después de haberse desplazado desde el aeropuerto internacional de Roma arrancándole alaridos al embrague, la dirección que buscaba (anotada al dorso del billete de la aerolínea) se encontraba en el laberinto de calles con ventanas oscuras del famoso gueto judío de Roma.

Al contemplar la hilera de edificios anónimos y constreñidos que se hacinaban frente a él, Rosemont se volvió hacia el conductor:

—¿Este es el 24 de Vicolo il Bambinello?

Pero el taxista, que ya había cobrado, se limitó a señalar la puerta más cercana y apretó el acelerador a fondo, interponiéndose en el camino de tres tipos con motorinos. Las maldiciones y los bocinazos se perdieron a lo largo de la calle.

Aunque un humilde distrito comercial palpitaba a escasas manzanas de distancia, en aquel punto las casas ruinosas estaban apiladas unas encima de otras. Aquellas casas de piedra, altas y estrechas, estaban salpicadas de orificios cuadrados destinados a las vigas que antaño habían sustentado los edificios de madera adyacentes, que habían desaparecido largo tiempo atrás. Mientras ascendía un pronunciado tramo de

escaleras hasta la puerta más cercana, Rosemont supuso que cualquiera de aquellas casas era siglos más antigua que América.

Llamó a la puerta, pero la encontró entreabierta, de modo que se deslizó en el interior y se encontró en un atrio tenebroso. Distinguió un tenue rectángulo de luz que brillaba alrededor de una puerta en el extremo de un largo pasillo. El vestíbulo olía a polvo y moho, pero también a cebollas salteadas.

Temiendo adentrarse en el apartamento de alguien, caminó cautelosamente hasta la puerta al final del pasillo, con una pronta disculpa en los labios.

—¿Qué lugar es este? —preguntó a la oscuridad.

Rosemont llamó a la puerta. Oyó a las personas que hablaban quedamente al otro lado y el siseo de la fritura. Cuando la puerta se abrió de un tirón, Rosemont dio un respingo, asustado. Lo estaba mirando fijamente una italiana de mediana edad con el cabello encrespado y un delantal grasiento.

—¡Lo siento!\* —exclamó Rosemont, disculpándose en español involuntariamente—. Estoy buscando...\*

La mujer le espetó algo apresurado y severo con un grave susurro. Detrás de ella había una anciana con aire de abuela caramelizando cebollas en el antiguo horno de gas de una angosta cocina.

—¿Qué dice? —inquirió la mujer más joven, en italiano.

Rosemont le entregó el sobre que el día anterior le había dado el mensajero desconocido en Managua y se dirigió a ella en italiano. Se le daba mejor el italiano de la época del Renacimiento, pero consiguió preguntar:

—Señorita, ¿conoce esta dirección?

Ella escudriñó el sobre y adoptó una expresión resignada, quizá compasiva. Le dijo algo burlón a la anciana por encima

del hombro y esta bufó conforme con un desdeñoso ademán de cabeza y masculló algo parecido a «puta».

Rosemont volvió a intentarlo.

—Estoy buscando un hotel. Por lo menos eso creo. ¿Conoce esta dirección?

La mujer le devolvió el sobre y se limpió las manos en el mugriento delantal, como si se hubiera desecho de algo.

—Venga. Venga. —Se apartó de la puerta y le indicó que pasara. Cuando entró, el estómago le dio un vuelco debido al claustrofóbico hedor de las cebollas, el gas y la basura—. Por ahí —siseó la mujer con un resoplido, señalando una manta que ocultaba un pórtico.

—¿Qué hay por ahí? —preguntó Rosemont en inglés.

—Vaya, vaya —insistió la mujer del delantal, mientras se dirigía nuevamente a la tabla en la que estaba picando pimientos verdes.

Rosemont se estrechó contra la anciana para llegar hasta la manta y levantó el borde, preguntándose adónde lo estaban enviando.

Al otro lado había una habitación con tres camas y los cuerpos de otros tantos durmientes que roncaban en la oscuridad. Rosemont meneó la cabeza enfurecido y giró en redondo, pero las dos mujeres le estaban indicando que siguiera adelante.

—Aquí no lo queremos. Vaya. ¡Por ahí!

—Pero si están durmiendo. Yo no...

—*Shh, shh*. —La anciana lo acalló y le volvió el hombro con un brusco empujón de la mano—. No los despierte. Vaya.

Rosemont pasó por debajo de la manta, sintiéndose estúpido y confuso, con la esperanza de acceder a la calle al otro lado del edificio y así librarse del olor a cebollas y gas. Pasó de puntillas junto a los durmientes al encaminarse a la puerta del otro lado, deteniéndose solo para escuchar el sonido de un

noticiero que hablaba sin cesar sobre Iraq desde un *walkman* abandonado en el suelo. La estancia despedía un olor agrio, como de ropa sucia y cuerpos sudorosos, y Rosemont serpenteó entre las camas, sorteando montones de libros y revistas en la sofocante oscuridad. Abrió la puerta del otro lado, enseguida la cerró a sus espaldas para no despertar a los apestosos durmientes y accedió a un patio al aire libre. El aire fresco, aunque tibio, le produjo una sensación agradable en el rostro. Cuando alzó la mirada vio camisetas y lencería blanca ondeando en lo alto, en tendederos laxos entre elevadas ventanas.

Había cuatro puertas que daban a aquel patio soleado, y una de ellas estaba entreabierta, diseminando una cálida luminosidad al exterior. Rosemont distinguió voces americanas al otro lado de la puerta. Había una indicación que rezaba: «Posada de los Aprendices», en inglés y en italiano, pero ninguna dirección.

—Un albergue —se dijo Rosemont, dirigiéndose a la puerta—. Debe de ser aquí.

Dentro de la posada había una típica sala de recepción con una mujer hermosa que vestía un grueso suéter de color lila detrás de un escritorio, un ordenador que arrojaba un destello azulado sobre su rostro y una pared cubierta de mapas de las calles de Roma a sus espaldas. La joven pareja que aguardaba en recepción frente a Rosemont presentaba un aspecto harapiento y bronceado. Rosemont los observó atentamente, escuchándolos, preguntándose si le darían alguna pista de por qué lo habían convocado a aquel lugar.

Los dos parecían extenuados y sin embargo impacientes, aunque hacían gala de la actitud hastiada de los jóvenes que imitan a los viajeros europeos que tienen muchos más kilómetros a sus espaldas.

—Necesitamos una habitación para las próximas tres noches —dijo el muchacho, apoyándose en el escritorio, intentando hacer entrar en razón a la recepcionista.

La mujer de detrás del escritorio no apartó la mirada de la pantalla de su ordenador, donde estaba perdiendo una partida de corazones, y parecía enfadada.

—No.

Rosemont se irguió para observar a la recepcionista por encima del hombro del muchacho. A juzgar por su tono, no parecía que el problema fuese la ocupación.

La chica americana miró a su compañero como si este tuviera la llave necesaria en el bolsillo y lo alentó con una inclinación de cabeza.

—Mire —prosiguió el chico, que seguía apoyado—, en Praga conocimos a un tipo llamado Etienne que nos dijo...

La recepcionista apartó la mirada del ordenador por primera vez y le dirigió al muchacho una mirada maligna que marchitó su voz hasta silenciarla.

La joven retomó la causa.

—Etienne nos dijo que aquí podíamos encontrar una habitación. Necesitamos un sitio donde quedarnos, de verdad.

—No. No es cierto. —La recepcionista volvió a mirar la partida como si la pareja ya hubiera salido por la puerta.

—Nosotros...

—Puede que sepáis lo que hay que decir por algún motivo aleatorio —les interrumpió la recepcionista. Su tono era altanero, pero sus ojos seguían siendo sosegados y amables—. Pero no hay absolutamente nada desesperado en vosotros. No. Vosotros sois turistas. Tenéis cuanto necesitáis en vuestras ridículas mochilas de Lands' End, y un millar de números de teléfono en vuestra edición actualizada de la guía de Roma de Fodor. Puesto que sabéis que debéis decir que habéis hablado con Etienne, también sabréis que

este albergue no es para turistas. Ni para trotamundos. Ni para mochileros de ninguna clase. ¿Vale?

Los dos estaban claramente decepcionados hasta el punto de montar en cólera y la chica en particular no estaba dispuesta a darse por vencida.

—Sabemos que aquí está pasando algo. Sabemos que esto es...

—Sí, que estoy a punto de alcanzar la luna y me estáis fastidiando —atajó la recepcionista, mientras se arremangaba el suéter. Se inclinó hacia la izquierda, más allá de la cadera del chico y de pronto estableció contacto visual con Rosemont—. Pase, pase. ¿Necesita una habitación?

Los americanos lo miraron por encima del hombro. Haciéndose a un lado con renuencia, el muchacho le dejó un hueco en el mostrador, mirándolo de arriba abajo desconcertado.